De los apocalipsis imaginarios

Decía Pavese, con un fatalismo impropio de su gran cultura pero confirmado en la práctica, que lo que más se teme siempre ocurre. La segunda mitad del siglo XX, pletórica de ciencia y técnica, sumida en una crisis de consecuencias imprevisibles, está pasando bajo la amenaza del rearme nuclear y la consiguiente agudización del miedo. En el caso de Pavese se trataba sólo de su propia vida. En el caso de guerra atómica se trataría de la vida de todos y de la trayectoria de este círculo civilizador, irónicamente.

Con la buena voluntad de exorcizar la presunción catastrofista, ya hay incluso películas de cierta verosimilitud (El día después) *que dan idea concreta de lo que significaría un lanzamiento masivo de misiles nucleares. En la actualidad, las actitudes que comportan la palabra «pacifismo» han palidecido. Hubo una época, es cierto, en que los fervores patrióticos y la ira ante la iniquidad de una determinada agresión llegaron a poner en duda la legitimidad del pesimismo pacifista a ultranza. Hoy ya, en vista de las circunstancias, no se puede no ser pacifista, y realmente la palabra y su sentido se trivializan ante la magnitud de la probabilidad bélica temida, como si el abanico de opciones permitiera a las personas o a los gobiernos* elegir *entre ser pacifista o desear la guerra. No obstante, por una serie de entrelazadas desdichas políticas y económicas imposible de desentrañar ahora, prosigue el rearme* disuasivo, *la confrontación siempre desde pretendidas posiciones de fuerza y, por tanto, el desasosiego y la necesidad de manifestarse en actitudes que las agencias de prensa denominan pronto y mal pacifistas. Y eso es lo más terrible y paradógico, el vicio del sistema: que todas las personas individualmente consideradas son ultrapacifistas frente a la amenaza nuclear y, mientras tanto, con este u otro pretexto también pacifista, continúa a marchas forzadas la fabricación de armas de todas clases, convencionales y totalizadoras, armas que manejan los gobiernos, los terroristas, los asaltantes de bancos, los psicópatas y los suicidas en una espiral sórdida y sangrienta que no dice mucho por la gloria del bimilenio que aún confiamos en apurar, como si tal cosa.*

Lo más infecto es que la dialéctica del armamentismo y la contestación, los supuestos de guerra atómica en el cine, la construcción de refugios antinucleares, el diseño de la estrategia bélica universal, van creando familiaridad. *Aquello que parecía remoto y monstruoso sigue pareciendo monstruoso, pero ya menos remoto. Hay un desventurado proceso de acomodación, como el individuo que primero oye hablar del cáncer, después lo teme y al final lo padece. El miedo es un excitante posibilitador,como el olor de la adrenalina para los perros. La imperturbabilidad mecánica de uno de los generales de* El día después *cuando llega la hora fatídica de poner en marcha el dispositivo balístico nuclear no es ajena a estas reflexiones. Claro, víctima de un engranaje superior que le ha venido dando sentido a su vida,para el general la guerra atómica es poco menos que una rutina del oficio y, en cierto modo, una coherencia lógica. Sin perjuicio de que abandonemos*

la sala de proyección saturados de horror, las reacciones que se experimentan tras contemplar El día después *tienen un punto de amarga rareza. Se trata de que a la previsión personal y vivida del desastre, a la presunción de la catástrofe (apenas con anterioridad verdaderamente delineada en nuestro interior, porque en el fondo somos pudorosos con la extrema desgracia), se le otorga una dimensión perfilada en imágenes, un realismo y una plausibilidad que hasta ahora sólo nadaban en el pozo sin fondo del ingobierno onírico. De lo que no queremos ni confesarnos racionalmente, emerge de pronto la descripción plena y pública del fenómeno, y, doble filo tanto ayuda al rechazo violento y al despertar alterado de la consciencia como a provocar subrepticia e indeliberadamente un grado de asimilación que de alguna manera penetra en el tejido de la cotidianeidad y alimenta sus trasposiciones.*

Antiguamente uno soñaba con la persecución de un toro, con los túneles estrechos, con las muchachas vestidas de seda o con la última flotilla de grandes veleros llevando trigo a Australia. Mi pesadilla de ayer fue nuclear. Es posible, Quedé tan impresionado con los prolegómenos que incluso escribí un rápido artículo de título arriesgado: La tercera guerra mundial no es una entelequia. *Los síntomas externos ya ilustran las cavernas del sueño, que no son más que temores alimentados por la realidad o por lo que creemos que es la realidad. Sonó la alarma y salté despavorido de la cama a las cuatro de la mañana con una ventisca de lobos. Nos precipitamos casi desnudos a la calle con la irrisoria pretensión de buscar un refugio, pero en el barrio periférico no había refugio antiatómico y, menos, caso de haberlo habido, refugio antiatómico público. Las desigualdades sociales me perseguían hasta en la guerra nuclear. En la pesadilla no era posible inculcarle sentido común a la fuerza del instinto de conservación. Tiritando entre los charcos helados, el cielo nocturno manchado de un sucio resplandor amarillenio, seroso, inerte, nos dirigimos a un túnel del «metro». En los escalones cubiertos de hielo la enloquecida multitud desnuda y gimiente empezó a golpearse y, de no despertar yo en ese momento, seguramente la matanza se hubiera iniciado allí mismo. Hace unos cincuenta años, solitario y profundo, escribía Pessoa: «Me da más pena de los que sueñan lo probable, lo legítimo y lo próximo, que de los que devanean sobre lo lejano y lo extraño». Hoy lo extraño no siempre se asocia a lo lejano.*

La habitación estaba tenuemente iluminada por un farol de la calle. Mi mujer dormía. Todo estaba en regla y en silencio. Pero fue imposible volver a conciliar el sueño. Ya se sabe que al día siguiente, con el agua fría en la cara, el café caliente y el cigarrillo repudiado es fácil que la lucidez física nos preste seguridad, más la noche insomne suele traducirse en malos augurios. Cuando continuamente se está hablando de estrategias defensivas nucleares no tiene nada de particular que en el duermevela tenso lleguemos a conclusiones catastrofistas y creamos estar moviéndonos en el típico terreno de las arenas movedizas. Dibujan en el panorama político universal una especie de imagen histórica relacionada con las inapelables y célebres «condiciones objetivas». La turbulencia nocturna me llevó a pensar primero —dicho esquemáticamente— en las conferencias de Yalta y Postdam a la terminación de la segunda guerra mundial y en el reparto de las zonas de influencia entre los vencedores y, segundo, en la política de bloques y el antagonismo de las potencias extremas, la ya largamente sangrienta pugna por la hegemonía mediante guerras aun convencionales indirectas (decir guerras «convencionales» es una canallada

verbal y parece que perder la vida en ellas es algo así como una distracción menor) y la presencia ominosa y grotescamente disuasoria del arsenal nuclear, con un llamado «tercer mundo» expectante, no sólo subdesarrollado, sino abocado a un modelo de desarrllo cuyo éxito no está claro ni es envidiable; un tercer mundo en pleno litigio social, alineado o no, pero siempre oscilando entre las dos poderosas y absorbentes áreas de influencia.

Cualquier movimiento del péndulo, y la paralización del movimiento es imposible por razones de ley física y de naturaleza humana —la revolución comunista de Cuba, el sindicalismo polaco, la lucha de la guerrilla centroamericana, la guerra judeopalestina, Afganistán, el petróleo árabe—, pone en conmoción el precario «equilibrio» (el «equilibrio del terror» se le llama), un equilibrio que, por otra parte, no es bueno en sí mismo, ya que en nombre de la igualdad de los dos poderes imperialistas y sus adláteres no es posible ahogar por siempre el nacionalismo de los pueblos más pobres y su derecho a romper la tiranía de la pobreza.

Cuando en el pasado no lejano un pueblo se rebelaba contra la oligarquía y actuaba en la llamarada revolucionaria, eso era un síntoma inequívoco de progreso. El drama inédito de nuestro tiempo es que no ha desaparecido la legitimidad de la revolución, no puede desaparecer mientras reinen situaciones de injusticia y desigualdad social y, sin embargo, cualquier acción en este sentido —reitero: legítima, obligada, incontenible— desborda sus propias fronteras y puede llevar a la erizada estrategia universal imperialista (comunista o democrática, importan menos las siglas que la dinámica del poder) a sacar exasperadamente los pies del plato, a sobrepasarse en la mecánica cruel de la guerra convencional exportada *y hacer realidad lo que tanto se teme y de lo que tanto se habla: el holocausto, el apocalipsis no imaginario. Pero un apocalipsis sin* revelación. *Esta es la paradoja dramática y la suprema irracionalidad nihilista de nuestro tiempo.*

En la noche de la pesadilla despierta no se veía posible detener el movimiento de disidencisa indirecta contra los EE.UU., ni que la URSS dejara de apoyarlo, también indirectamente, ni que los EE.UU. perdieran sin graves crisis transmitidas al mundo sus privilegios económicos de gran reinado suntuosamente hegemónico, ni que fuera posible discriminar con precisión lo que en principio no sería más que una revolución interna nacionalista para derrocar una dictadura infame de lo que se entiende por equilibrio de las dos potencias nucleares y su juego de alianzas.

El juego de poderes, dicho sea de paso, es el más repugnante y eficaz pretexto de sojuzgamiento que se haya inventado jamás.

La obnubilación crece en la noche, obliga a buscar soluciones que la mitad de las veces resultan irrisorias y aniñadas, tales como una revolución en el seno de las propias sociedades postindustriales, o un segregacionismo feroz ácrata, celular, que hiciera imposible o más caótica aún las instancias de poder. Tonterías. Con un poco de suerte, o sea, manteniéndose todavía en el equilibrio del terror, lo que va a ocurrir es que el occidentalismo superdesarrollado «venderá» al occidentalismo infradesarrollado otro modelo de civilización basado en un proceso de desmasificación humana aparente y en las posibilidades de la electrónica y las máquinas inteligentes, matiz en el que no es posible detenerse ahora.

A la persona que concibió o trasmitió las características del Apocalipsis *incluido en el Nuevo Testamento, ese Juan, de Patmos, históricamente mal conocido (algunos tratadistas se inclinan a aceptar que Juan estaba desterrado en Patmos por haber*

predicado los evangelios), no le faltó imaginación ni capacidad de horror. Incluso adoptando la mentalidad del hombre atómico de hoy difícilmente se podrían agregar nuevas dosis infernales, ya que en el Apocalipsis *de Juan, atribuida su redacción a finales del siglo* I, *heredero de una remota tradición literaria judía, el mar se convierte en sangre, las naves naufragan y la gente muere. Sobre un panorama de terremotos, plagas y meteoritos incandescentes, el sol se pone negro, la luna se tiñe de sangre y las estrellas se precipitan. Hay un ejército de langostas, que no son, por ejemplo, simples cigarrones asoladores del agro, sino que tienen aspecto de «caballos aparejados para la guerra», pechos como corazas y aguijones ponzoñosos, aunque bien es verdad que se les ordenó no dañaran el «sistema ecológico» —para decirlo con palabras de hoy—, sino sólo a los hombres que no llevaran la señal de Dios, que es en la actualidad como pertenecer o no a una de las muchas banderías, partidos y sectas en que se sigue dividiendo la gente del mundo. En el* Apocalipsis *de Juan ya se anuncian la guerra nuclear, la guerra bacteriológica, la bomba de neutrones y los refugios antiatómicos: «Los reyes de la tierra, los magnates, los generales, los ricos, los potentes y todo hombre, esclavo o libre, se escondieron en las cuevas y entre las rocas de los montes»,. La presunción de la guerra bacteriológica está definida en la existencia de un cometa, que cae sobre ríos y manantiales, «por lo que mucha gente murió a consecuencia del agua, que se había vuelto amarga». Juan imaginó por inspiración divina, una lluvia de «talentos», que es como decir una lluvia de adoquines. Imaginó llagas y quemaduras del sol, venenos atmosféricos y una larga sucesión de oscuridad, muerte y tortura.*

Y parece mentira en nuestro tiempo que una bobada de fanatismo religioso como la de este Apocalipsis *se haya convertido en una posibilidad real, pero lo más tremebundo es que estemos abocados a la consumación de un apocalipsis (la palabra significa, como se sabe, «revelación») habiendo perdido, sin embargo, la ingenua y en cierto modo tranquilizadora coherencia bíblica, que consistía simplemente en no contrariar los deseos de Dios y en asimilar las enseñanzas de Cristo y de su Iglesia. En la mayor catástrofe imaginaria de la antigüedad había voces estentóreas, trompetas, ángeles, había una «presencia», una «otredad» celosa de nuestro bien, un maniqueísmo bien definido (paganos o cristianos) y un formulario concreto para poderse reintegrar al «verdadero camino». Pero en la concepción moderna del cataclismo no hay «revelación», ni voces, ni trompetas, ni ángeles, ni presencias de ninguna especie, ni culpables de absoluta evidencia, ni castigo de Dios. No habrá «nada», salvo un sórdido asuntillo de «paganos» y «cristianos» que no saben en virtud de qué acceden al sacrificio pero que persisten los muy necios en la preparación del apocalipsis, y nadie podrá oír lo que oyó Juan: «Estuve muerto, pero como ves estoy vivo por los siglos de los siglos y tengo las llaves de la muerte y del abismo.»*

Antiguamente existía la conciencia del mal y la mera invocación del castigo. Hoy se poseen todos los ingredientes para llevar a cabo el castigo, pero se ha perdido la conciencia del mal y esto, sin posibilidades de «revelación», es una verdadera burla cósmica. Si algo ha progresado es la conciencia de que el hombre no tiene más alternativas que sí mismo.

EDUARDO TIJERAS
Maqueda, 19
28024-MADRID